



CONGRESO EUCARÍSTICO PARROQUIAL

PARROQUIA CRISTO REDENTOR
26 MAYO - 2 JUNIO 2013
JUBILEO POR 100 AÑOS
DE LA ARQUIDIÓCESIS DE S.S.

Un solo pan y un solo cuerpo

Índice

- *La Santa Eucaristía* 4
- *Los Padres de la Iglesia y la Eucaristía.* 10
- *El Magisterio de la Iglesia y la Eucaristía* 18
- *Textos Litúrgicos sobre la Eucaristía* 21
- *Poemas eucarísticos* 23



Presentación

Los Padres de la Iglesia dijeron que “la Eucaristía hace a la Iglesia y la Iglesia hace la Eucaristía”.

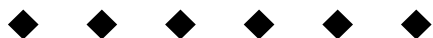
Hay una íntima relación entre estos dos misterios. Los dos son el “Cuerpo del Señor”; los dos necesitan la obra del Espíritu y la fe de la comunidad; los dos se viven por la comunión con el cuerpo humano y con el cuerpo místico del Señor Jesús.

Por eso, en la celebración de los 100 años de nuestra Arquidiócesis, realizar los Congresos Eucarísticos Parroquiales, es la mejor manera de unirnos a la Iglesia, de ser más y mejor Iglesia.

Para nuestra Parroquia es gracia especial, pues aquí necesitamos fuertemente la unidad de las “Fuerzas Vivas”. Necesitamos sentirnos y amarnos como una sola Parroquia y evangelizar y sentir como una sola Diócesis, bajo las líneas del Plan de Pastoral Arquidiocesano que en este mismo centenario nos ha dado nuestro Obispo.

Que la celebración, la adoración y la formación eucarística de este Congreso Parroquial produzca entre nosotros los frutos de unidad, humildad, servicio y caridad de este Santo Sacramento, y nos permita en la Parroquia celebrarlo cada vez con más autenticidad y amor. ¡Que comamos un sólo pan y seamos un sólo cuerpo!

LA SANTA EUCARISTIA EN LA BIBLIA



La Palabra de Dios es el fundamento de nuestra fe.

La Eucaristía es el don más admirable y sublime que nos ha hecho Dios. No es fruto de la improvisación, sino el resultado de un largo proceso de preparación, en el que Dios fue educando a su pueblo, y que comprende de tres grandes momentos: Las Figuras, la Promesa y la Realización.

1. Las Figuras

Las Figuras son las cosas simbólicas que preanuncian ese don, como:

- El Cordero Pascual que comieron los israelitas, la noche de la liberación de la esclavitud de Egipto. (Ex 12, 1-14)

“Luego el Señor dijo a Moisés y a Aarón en la tierra de Egipto: Este mes será para ustedes el mes inicial, el primero de los meses del año.

Digan a toda la comunidad de Israel: El diez de este mes, consíganse cada uno un animal del ganado menor, uno para cada familia.

Si la familia es demasiado reducida para consumir un animal entero, se unirá con la del vecino que viva más cerca de

su casa. En la elección del animal tengan en cuenta, además del número de comensales, lo que cada uno come habitualmente.

Elijan un animal sin ningún defecto, macho y de un año; podrá ser cordero o cabrito. Deberán guardarlo hasta el catorce de este mes, y a la hora del crepúsculo, lo inmolará toda la asamblea de la comunidad de Israel. Después tomarán un poco de su sangre, y marcarán con ella los dos postes y el dintel de la puerta de las casas donde lo coman.

Y esa misma noche comerán la carne asada al fuego, con panes sin levadura y verduras amargas. No la comerán cruda ni hervida, sino asada al fuego; comerán también la cabeza, las patas y las entrañas.

No dejarán nada para la mañana siguiente, y lo que sobre, lo quemarán al amanecer.

Deberán comerlo así: ceñidos con un cinturón, calzados con sandalias y con el bastón en la mano. Y lo comerán rápidamente: es la Pascua del Señor. Esa noche yo pasaré por el país de Egipto para exterminar a todos sus primogénitos, tanto hombres como animales, y daré un justo escarmiento a los dioses de Egipto. Yo soy el Señor.

La sangre les servirá de señal para indicar las casas donde ustedes estén. Al verla, yo pasaré de largo, y así ustedes

se librarán del golpe del Exterminador, cuando yo castigue al país de Egipto.

Este será para ustedes un día memorable y deberán solemnizarlo con una fiesta en honor del Señor. Lo celebrarán a lo largo de las generaciones como una institución perpetua.”

- El Maná, o pan caído del cielo, con que, por cuarenta años, alimentó Yahveh, al pueblo conducido por Moisés a través del desierto (Ex 16, 11-15)

“Efectivamente, aquella misma tarde se levantó una bandada de codornices que cubrieron el campamento; y a la mañana siguiente había una capa de rocío alrededor de él.

Cuando esta se disipó, apareció sobre la superficie del desierto una cosa tenue y granulada, fina como la escarcha sobre la tierra.

Al verla, los israelitas se preguntaron unos a otros: "¿Qué es esto?". Porque no sabían lo que era.

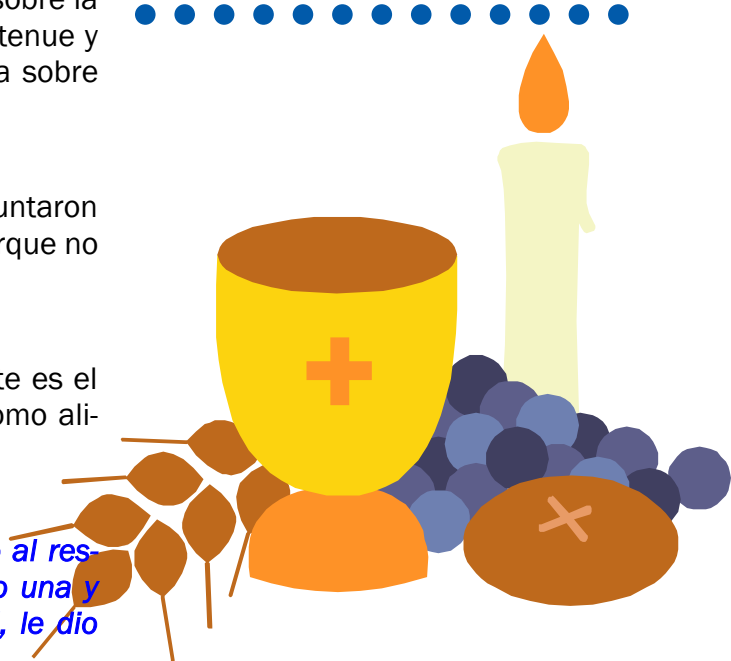
Entonces Moisés les explicó: "Este es el pan que el Señor les ha dado como alimento.”

- El Pan Subcinericio encontrado al rescoldo por Elías que al comérselo una y otra vez, por mandato del ángel, le dio

fuerza para huir de la persecución de la reina Jezabel y para llegar, después de una caminata de cuarenta días y cuarenta noches, al monte del Señor (1 Re 19, 5-8.)

Se acostó y se quedó dormido bajo la retama. Pero un ángel lo tocó y le dijo: “¡Levántate, come!”. Él miró y vio que había a su cabecera una galleta cocida sobre piedras calientes y un jarro de agua. Comió, bebió y se acostó de nuevo.

Pero el Ángel del Señor volvió otra vez, lo tocó y le dijo: “¡Levántate, come, porque todavía te queda mucho por caminar!”. Elías se levantó, comió y bebió, y fortalecido por ese alimento caminó cuarenta días y cuarenta noches hasta la montaña de Dios, el Horeb.



2. La Promesa

La Promesa, reiteradamente formulada por el Hijo de Dios, hecho hombre, Jesús de Nazaret, contenida en el largo discurso de Cafarnaúm sobre el Pan de Vida, y que San Juan recoge en el capítulo sexto de su Evangelio. Es conveniente leerlo por completo.

Allí encontramos muchas afirmaciones importantes, dichas por Jesús a la multitud que lo seguía después de la multiplicación de los panes, pero la cual estaba muy débil en la fe o le faltaba de todo. Los mimos discípulos estaban vacilantes.

Acojamos con corazón bueno y óptimo cuanto anuncia Jesús:

- “Afánense, no por la comida de un día, sino por otra comida que permanece y con la cual uno tiene vida eterna. El Hijo del Hombre les da esta comida; él es al que el Padre, Dios; señaló con su propio sello” (Jn 6,27)

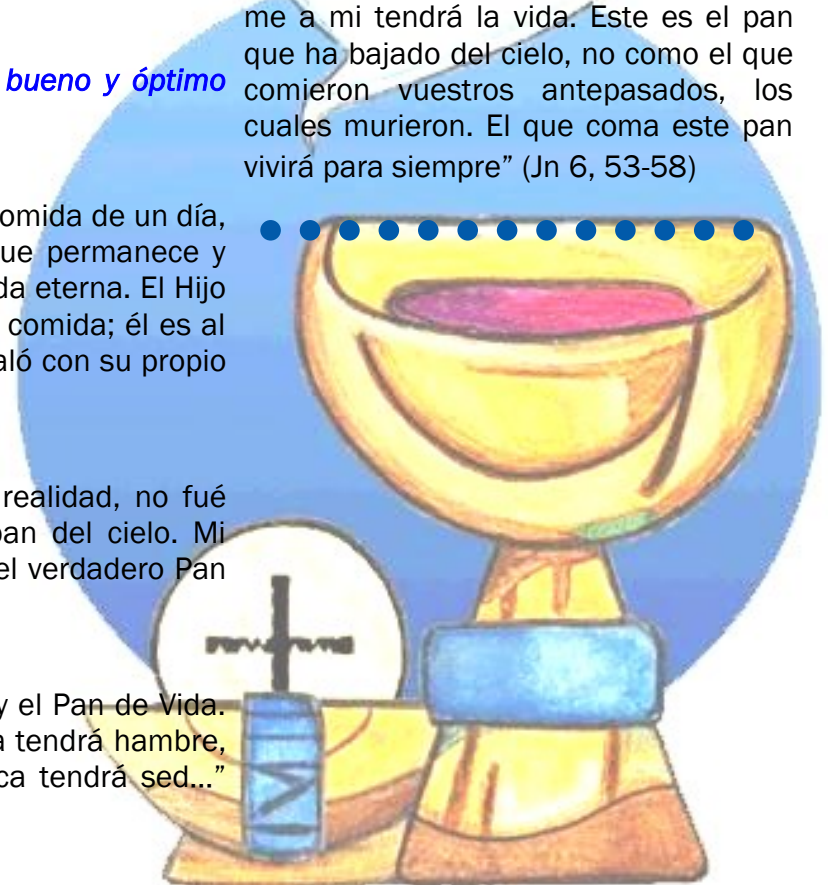
- “Jesús contesto: En realidad, no fué Moisés quien les dió pan del cielo. Mi Padre es el que les da el verdadero Pan del cielo (Jn 6,32)

- “Jesús les dijo: Yo soy el Pan de Vida. El que viene a mí nunca tendrá hambre, el que cree en mí nunca tendrá sed...” (Jn 6,35)

- “Yo soy el Pan de Vida” (Jn 6,48)

- “Yo soy el Pan Vivo bajado del cielo; el que coma de este pan vivirá para siempre. El pan que yo daré es mi carne, y la daré para vida del mundo” (Jn 6,51)

- “Jesús les contesto: En verdad les digo: si no comen la carne del Hijo del hombre, y no beben su sangre, no viven de verdad. El que come mi carne y bebe mi sangre, vive de la vida eterna, y lo resucitaré en el último día. Mi carne es comida verdadera. El que come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él. Como el Padre, que vive, me envió, y yo vivo por él, así quien me come a mí tendrá la vida. Este es el pan que ha bajado del cielo, no como el que comieron vuestros antepasados, los cuales murieron. El que coma este pan vivirá para siempre” (Jn 6, 53-58)



3. La Realización de la Última Cena

San Juan pone como motivación de este prodigio, el amor infinito de Jesús para con sus discípulos:

“Antes de la Fiesta de Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de salir de este mundo para ir al Padre, así como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo” (Jn 13,1)

Escogió ese tiempo para cumplir lo que un año antes había prometido en Cafarnaúm, y para dar un sentido definitivo a la pascua judía.

Tanto los evangelistas sinópticos, Mateo, Marcos y Lucas, como San Pablo, nos hablan de la institución de la Eucaristía. San Lucas lo relata así: “Llegó el día de los Panes sin levadura, en el que se debía sacrificar la Pascua. Entonces Jesús envió a Pedro y a Juan, diciéndoles: Vayan a preparar lo necesario para que celebremos la Cena de Pascua. Ellos le preguntaron: ¿Dónde quieres que la preparemos?

Jesús les contestó: cuando entren en la ciudad, encontrarán a un hombre que lleva un jarro de agua. Sígalo hasta la casa donde entre y digan al dueño de la casa: El Maestro manda a decirte: ¿Cuál es la pieza en la que comeré la pascua con mis discípulos? Él les va a mostrar

una pieza grande y amueblada en el segundo piso. Preparen ahí lo necesario.

Se fueron pues, y hallaron todo tal cual les había dicho; y prepararon la Pascua.

Llegada la hora, Jesús se sentó a la mesa con sus apóstoles. Les dijo: En verdad, he deseado muchísimo comer esta Pascua con ustedes antes de padecer; porque les aseguro, ya no la volveré a celebrar hasta que sea la nueva y perfecta Pascua en el reino de Dios. Jesús recibió una copa, dio gracias y les dijo: Tómenla y repártanla entre ustedes, porque les aseguro que ya no volveré a beber del jugo de la uva, hasta que llegue el Reino de Dios.

Después tomó el pan y, dando gracias, lo partió y se lo dio, diciendo: Esto es mi cuerpo, el que es entregado por ustedes. Hagan esto en memoria mía. Después de la Cena, hizo lo mismo con la copa. Dijo: Esta copa en la alianza nueva sellada con mi sangre, que va a ser derramada por ustedes...” (Lc 22, 7-20)

En virtud de esas palabras, el pan dejó de ser pan y el vino, de ser vino; las dos sustancias se transubstanciaron para ser realmente el cuerpo y la sangre de Cristo bajo las especies de pan y vino.

El Evangelista San Juan no nos refiere en su Evangelio la Institución de la Eucaristía; pero en cambio nos detalla ampliamente el lavatorio de los pies a los discípulos, que termina con esta enseñanza de sublime humildad y entrega: “¿Comprenden lo que acabo de hacer con ustedes? Ustedes me llaman Maestro y Señor; y tienen razón, porque lo soy. Si yo que soy el Señor y el Maestro, le he lavado los pies, ustedes también deben lavarse los pies los unos a los otros. Les he dado ejemplo, para que hagan lo mismo que yo hice con ustedes” (Jn 13, 12-15)

Con esto el Señor quiere dejar claro que el servicio y entrega a los hermanos es inseparable del culto eucarístico.



4. En la Última Cena, pues, Jesús realizó un doble prodigio: el primero es la transformación del pan en su cuerpo y el vino en su sangre; y el segundo fue dar a sus discípulos el poder de hacerlo, como memorial de su pasión: “Hagan esto en memoria mía”

Desde entonces junto al Sacramento de la Presencia Real de Jesucristo, surge el Sacramento de Sacerdocio Ministerial, el Sacramento de las manos consagradas, que se juntan para orar y se levantan para perdonar y bendecir.

Relacionando con la Eucaristía con el sacerdocio ministerial, Jesús se queda

con nosotros, para acompañarnos y sostenernos en nuestro peregrinar, “hasta que vuelva”

Con gran belleza, sencillez y profundidad expresa esa realidad el Profesor Giacomo Mezza-casa, con estas consideraciones:

“En la carne y sangre de víctimas pacíficas Moisés había concluido la antigua alianza entre Yahveh y el pueblo de Israel en el monte Sinaí, y Jesús rubrica la Nueva Alianza con su Carne y con su Sangre, destinándolos a la reconciliación de toda la tierra y al sustento de todos los hombres. Al momento de tener que alejarse, quiso quedarse con nosotros en la Eucaristía, como el corazón en el cuerpo de la Iglesia, corazón que arde, palpita y vive por siempre, hasta que vuelva”



5. La vivencia fiel del mandato del Señor en las primeras comunidades

El mandamiento de Jesús, “Haced esto en conmemoración mía”, fue secundado con fidelidad por los apóstoles desde el principio, para mantener la comunión entre ellos y para no desmayar en el espíritu misionero, “hasta que vuelva”

“Acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la convivencia, a la fracción del pan y a las oraciones. Toda la agente estaba asombrada, ya que se multiplicaban los prodigios y milagros hechos por los apóstoles en Jerusalén.

Todos los creyentes vivían unidos y compartían todo cuanto tenían. Vendían sus bienes y propiedades y se repartían de acuerdo a lo que cada uno de ellos necesitaba.

Acudían diariamente al Templo con mucho entusiasmo y con un mismo espíritu y compartían el pan en sus casas, comiendo con alegría y sencillez” (Hch 2, 42-46)



Nota: Esta parte se ha tomado del libro “Yo soy el pan de vida” de Mons. Arturo Rivera Damas Arzobispo de San Salvador

LOS PADRES DE LA IGLESIA

Y LA EUCARISTÍA

Desde la primera generación cristiana y durante los primeros siglos, pastores y teólogos de la Iglesia predicaron o escribieron sobre la fe en Cristo y los misterios de nuestra salvación. Es la tradición de la Iglesia. Aquí tenemos una selección de textos hermosos y ricos sobre la eucaristía.

De la primera Apología de san Justino, mártir, en defensa de los cristianos (Caps. 66-67: PG6, 427-431)

LA CELEBRACIÓN DE LA EUCARISTÍA

Sólo pueden participar de la eucaristía los que admiten como verdaderas nuestras enseñanzas, han sido lavados en el baño de regeneración y del perdón de los pecados y viven tal como Cristo nos enseñó.

Porque el pan y la bebida que tomamos no los recibimos como pan y bebida corrientes, sino que así como Jesucristo, nuestro salvador, se encarnó por la acción del Verbo de Dios y tuvo carne y sangre por nuestra salvación, así también se nos ha enseñado que aquel alimento sobre el cual se ha pronunciado la acción de gracias, usando de la plegaria que contiene sus mismas palabras, y del cual, después de transformado, se nutre nuestra sangre y nuestra carne es la carne y la sangre de Jesús, el Hijo de Dios encarnado.

Los apóstoles, en efecto, en sus comentarios llamados Evangelios, nos enseñan que así lo mandó Jesús, ya que él, tomando pan y habiendo pronunciado la acción de gracias, dijo: Haced esto en memoria mía; éste es mi cuerpo; del mismo modo, tomando el cáliz y habiendo pronunciado la acción de gracias, dijo: Ésta es mi sangre, y se lo entregó a ellos solos. A partir de entonces, nosotros celebramos siempre el recuerdo de estas cosas; y, además, los que tenemos alguna posesión socorremos a todos los necesitados, y así estamos siempre unidos. Y por todas las cosas de las cuales nos alimentamos alabamos al Creador de todo, por medio de su Hijo Jesucristo y del Espíritu Santo.

Y, el día llamado del sol, nos reunimos en un mismo lugar, tanto los que habitamos en las ciudades como en los campos, y se leen los comentarios de los apóstoles o los escritos de los profetas, en la medida que el tiempo lo permite.

Después, cuando ha acabado el lector, el que preside exhorta y amonesta con sus palabras a la imitación de tan preclaros ejemplos.

Luego nos ponemos todos de pie y elevamos nuestras preces; y, como ya hemos dicho, cuando hemos terminado las preces, se trae pan, vino y agua; entonces el que preside eleva, fervientemente, oraciones y acciones de gracias, y el pueblo aclama: Amén.

Seguidamente tiene lugar la distribución y comunicación, a cada uno de los presentes, de los dones sobre los cuales se ha pronunciado la acción de gracias, y los diáconos los llevan a los ausentes.

Los que poseen bienes en abundancia, y desean ayudar a los demás, dan, según su voluntad, lo que les parece bien, y lo que se recoge se pone a disposición del que preside, para que socorra a los huérfanos y a las viudas y a todos los que, por enfermedad u otra causa cualquiera, se hallan en necesidad, como también a los que están encarcelados y a los viajeros de paso entre nosotros: en una palabra, se ocupa de atender a todos los necesitados.

Nos reunimos precisamente el día del sol, porque éste es el primer día de la creación, cuando Dios empezó a obrar sobre las tinieblas y la materia, y también porque es el día en que Jesucristo, nuestro salvador, resucitó de entre los muertos. Lo crucificaron, en efecto, la vigilia del día de Saturno, y a la mañana siguiente de ese día, es decir, en el día del sol, fue visto por sus apóstoles y discípulos, a quienes enseñó estas mismas cosas que hemos puesto a vuestra consideración.



De las Catequesis de Jerusalén (Catequesis 22 [Mistagógica 4], 1. 3-6. 9: PG 33, 1098-1106)

EL PAN CELESTIAL Y LA BEBIDA DE SALVACIÓN

Jesús, el Señor, en la noche en que iba a ser entregado, tomó pan y, después de pronunciar la Acción de Gracias, lo partió y lo dio a sus discípulos, y dijo: «Tomad y comed, esto es mi cuerpo.» y tomando el cáliz, después de pronunciar la Acción de Gracias, dijo: «Tomad y bebed, ésta es mi sangre.» Por tanto, si él mismo afirmó del pan: Esto es mi cuerpo, ¿quién se atreverá a dudar en adelante? Y si él mismo afirmó: Ésta es mi sangre, ¿quién podrá nunca dudar y decir que no es su sangre?

Por esto hemos de recibirlos con la firme convicción de que son el cuerpo y sangre de Cristo. Se te da el cuerpo del Señor bajo el signo de pan, y su sangre bajo el signo de vino; de modo que al recibir el cuerpo y la sangre de Cristo te haces concorpóreo y consanguíneo suyo. Así, pues, nos hacemos portadores de Cristo, al distribuirse por nuestros miembros su cuerpo y sangre. Así, como dice san Pedro, nos hacemos participantes de la naturaleza divina.

En otro tiempo, Cristo, disputando con los judíos, decía: Si no coméis mi carne y no bebéis mi sangre, no tendréis vida en vosotros. Pero, como ellos entendieron estas palabras en un sentido material, se hicieron atrás escandalizados, pensando que los exhortaba a comer su carne.

En la antigua alianza había los panes de la proposición; pero, como eran algo exclusivo del Antiguo Testamento, ahora ya no existen. Pero en el Nuevo Testamento hay un pan celestial y una bebida de salvación, que santifican el alma y el cuerpo. Pues, del mismo modo que el pan es apropiado al cuerpo, así también la Palabra encarnada concuerda con la naturaleza del alma.

Por lo cual, el pan y el vino eucarísticos no han de ser considerados como meros y comunes elementos materiales, ya que son el cuerpo y la sangre de Cristo, como afirma el Señor; pues, aunque los sentidos nos sugieren lo primero, hemos de aceptar con firme convencimiento lo que nos enseña la fe.

Adoctrinados e imbuidos de esta fe certísima, debemos creer que aquello que parece pan no es pan, aunque su sabor sea de pan, sino el cuerpo de Cristo; y que lo que parece vino no es vino, aunque así le parezca a nuestro paladar, sino la sangre de Cristo; respecto a lo cual hallamos la antigua afirmación del salmo: El pan da fuerzas al corazón del hombre y el aceite da brillo a su rostro. Da, pues, fuerzas a tu corazón, comiendo aquel pan espiritual, y da brillo así al rostro de tu alma.

Ojalá que con el rostro descubierto y con la conciencia limpia, contemplando la gloria del Señor como en un espejo, vayamos de gloria en gloria, en Cristo Jesús nuestro Señor, a quien sea el honor,

el poder y la gloria por los siglos de los siglos. Amén.



De los Libros de san Fulgencio de Ruspe, obispo, a Mónimo (Libro 2, 11-12: CCL 91, 46-48)

EL SACRAMENTO DE LA UNIDAD Y DE LA CARIDAD

La edificación espiritual del cuerpo de Cristo, que se realiza mediante la caridad (ya que, como dice san Pedro, como piedras vivas, entráis en la construcción del templo del Espíritu. formando un sacerdocio sagrado. para ofrecer sacrificios espirituales que Dios acepta por Jesucristo), esta edificación espiritual, digo, nunca es pedida con más oportunidad que cuando el mismo cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, ofrece el cuerpo y la sangre de Cristo en el sacramento del pan y del cáliz, pues el cáliz bendito que consagramos es la comunión de la sangre de Cristo, y el pan que partimos es la comunión del cuerpo del Señor. Y, puesto que es un solo pan, somos todos un solo cuerpo; ya que todos participamos de ese único pan.

Y por esto pedimos que la misma gracia que ha hecho que la Iglesia fuera el cuerpo de Cristo haga también que todos los miembros, vinculados por la caridad, perseveren en la unidad del cuerpo; porque la santa unidad, igualdad y caridad que posee por naturaleza propia la Trinidad, que es un solo Dios

verdadero, santifica a los hijos de adopción con el don de la unanimidad.

Por esto afirma la Escritura: El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que se nos ha dado.

El Espíritu Santo, en efecto, que es el Espíritu único del Padre y del Hijo, realiza en aquellos a los que ha otorgado la gracia de la adopción divina lo mismo que realizó, según el libro de los Hechos de los apóstoles, en aquellos que habían recibido este mismo Espíritu. Acerca de los cuales encontramos escrito: La multitud de los creyentes no era sino un solo corazón y una sola alma; la causa de esta unanimidad de los creyentes era, en efecto, el Espíritu del Padre y del Hijo, que es con ellos un solo Dios.

De ahí que el Apóstol enseña que ha de ser conservada con toda solicitud esta unidad espiritual con el vínculo de la paz, como dice en su carta a los Efesios: “Así, pues, yo, el prisionero por Cristo, os ruego que andéis como pide la vocación a la que habéis sido convocados.

Sed siempre humildes y amables, sed comprensivos: sobrellevaos mutuamente con amor; esforzaos por mantener la unidad del Espíritu, con el vínculo de la paz. Un solo cuerpo y un solo Espíritu.”

Dios, al conservar en la Iglesia la caridad que ha sido derramada en ella por

el Espíritu Santo, convierte a esta misma Iglesia en un sacrificio agradable a sus ojos y la hace capaz de recibir siempre la gracia de esa caridad espiritual, para que pueda ofrecerse continuamente a él como una ofrenda viva, santa y agradable.



De los Tratados de san Gaudencio de Brescia, obispo (Tratado 2: CSEL 68, 30-32)

EL DON DE LA NUEVA ALIANZA QUE NOS DEJÓ EN HERENCIA

El sacrificio celestial instituido por Cristo es verdaderamente el don de su nueva alianza que nos dejó en herencia, como prenda de su presencia entre nosotros, la misma noche en que iba a ser entregado para ser crucificado. Éste es el viático de nuestro camino, con el cual nos alimentamos y nutrimos durante el peregrinar de nuestra vida presente, hasta que salgamos de este mundo y lleguemos al Señor; por esto decía el mismo Señor: Si no coméis mi carne y no bebéis mi sangre, no tendréis vida en vosotros.

Quiso, en efecto, que sus beneficios permanecieran en nosotros, quiso que las almas redimidas con su sangre preciosa fueran continuamente santificadas por el sacramento de su pasión; por esto mandó a sus fieles discípulos, a los que instituyó también como primeros sacerdotes de su Iglesia, que celebraran incesantemente estos misterios de vida

“Acudían asiduamente a la enseñanza
apóstoles, a la convivencia, y
a la fracción del pan” (Hechos 2, 42)



za de los



eterna, que todos los sacerdotes deben continuar celebrando en las Iglesias de todo el mundo, hasta que Cristo vuelva desde el cielo, de modo que, tanto los mismos sacerdotes como los fieles todos, teniendo cada día ante nuestros ojos y en nuestras manos el memorial de la pasión de Cristo, recibéndolo en nuestros labios y en nuestro pecho, conservemos el recuerdo indeleble de nuestra redención.

Además, puesto que el pan, compuesto de muchos granos de trigo reducidos a harina, necesita, para llegar a serlo, de la acción del agua y del fuego, nuestra mente descubre en él una figura del cuerpo de Cristo, el cual, como sabemos, es un solo cuerpo compuesto por la muchedumbre de todo el género humano y unido por el fuego del Espíritu Santo.

Jesús, en efecto, nació por obra del Espíritu Santo y, porque así convenía para cumplir la voluntad salvífica de Dios, penetró en las aguas bautismales para consagrarlas, y volvió del Jordán lleno del Espíritu Santo, que había descendido sobre él en forma de paloma, como atestigua el evangelista san Lucas: “Jesús regresó de las orillas del Jordán, lleno del Espíritu Santo.”

Asimismo, también el vino que es su sangre, resultante de la unión de muchos granos de uva de la viña por él plantada, fue exprimido en el lagar de la cruz, y fermenta, por su propia virtud, en

el espacioso recipiente de los que lo beben con espíritu de fe.

Todos nosotros, los que hemos escapado de la tiranía de Egipto y del diabólico Faraón, debemos recibir, con toda la avidez de que es capaz nuestro religioso corazón, este sacrificio de la Pascua salvadora, para que nuestro Señor Jesucristo, al que creemos presente en sus sacramentos, santifique nuestro interior; él, cuya inestimable eficacia perdura a través de los siglos.



Del Tratado de San Ireneo, obispo, Contra las herejías

(Libro 5,2, 2-3: SC 153, 30-38)

LA EUCARISTÍA, PRENDA DE LA RESURRECCIÓN

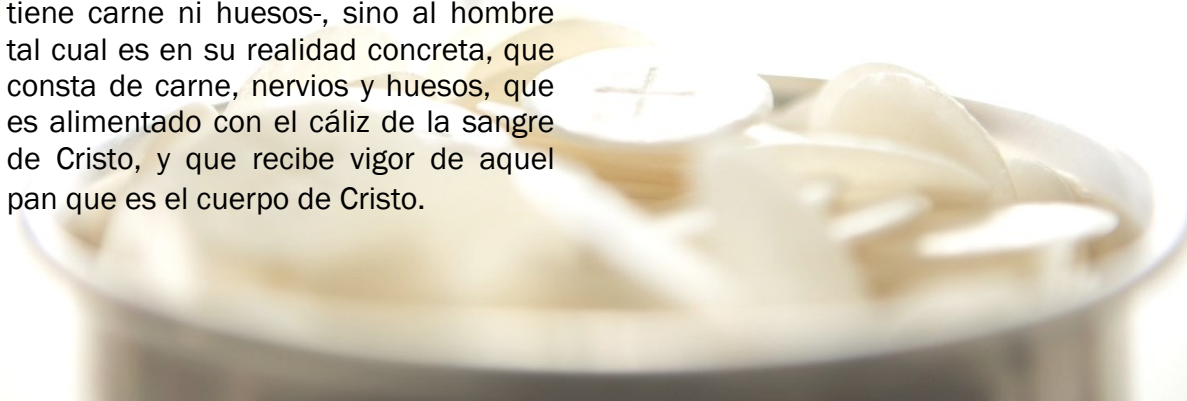
Si no fuese verdad que nuestra carne es salvada, tampoco lo sería que el Señor nos redimió con su sangre, ni que el cáliz eucarístico es comunión de su sangre y el pan que partimos es comunión de su cuerpo. La sangre, en efecto, procede de las venas y de la carne y de todo lo demás que pertenece a la condición real del hombre, condición que el Verbo de Dios asumió en toda su realidad para redimirnos con su sangre, como afirma el Apóstol: “Por este Hijo, por su sangre, hemos recibido la redención, el perdón de los pecados.”

Y, porque somos sus miembros, nos sirven de alimento los bienes de la creación; pero él, que es quien nos da estos bienes creados, haciendo salir el sol y haciendo llover según le place, afirmó que aquel cáliz, fruto de la creación, era su sangre, con la cual da nuevo vigor a nuestra sangre, y aseveró que aquel pan, fruto también de la creación, era su cuerpo, con el cual da vigor a nuestro cuerpo.

Por tanto, si el cáliz y el pan, cuando sobre ellos se pronuncian las palabras sacramentales, se convierten en la sangre y el cuerpo eucarísticos del Señor, con los cuales nuestra parte corporal recibe un nuevo incremento y consistencia, ¿cómo podrá negarse que la carne es capaz de recibir el don de Dios, que es la vida eterna, si es alimentada con la sangre y el cuerpo de Cristo, del cual es miembro?

Cuando el Apóstol dice en su carta a los Efesios: Porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos, no se refiere a alguna clase de hombre espiritual e invisible -ya que un espíritu no tiene carne ni huesos-, sino al hombre tal cual es en su realidad concreta, que consta de carne, nervios y huesos, que es alimentado con el cáliz de la sangre de Cristo, y que recibe vigor de aquel pan que es el cuerpo de Cristo.

Y del mismo modo que la rama de la vid plantada en tierra da fruto a su tiempo, y el grano de trigo caído en tierra y disuelto sale después multiplicado por el Espíritu de Dios que todo lo abarca y lo mantiene unido, y luego el hombre, con su habilidad, los transforma para su uso, Y al recibir las palabras consecratorias se convierten en el alimento eucarístico del cuerpo y sangre de Cristo; del mismo modo nuestros cuerpos, alimentados con la eucaristía, después de ser sepultados y disueltos bajo tierra, resucitarán a su tiempo, por la resurrección que les otorgará aquel que es el Verbo de Dios, para gloria de Dios Padre, que rodea de inmortalidad a este cuerpo mortal y da gratuitamente la incorrupción a este cuerpo corruptible, ya que la fuerza de Dios se muestra perfecta en la debilidad.



EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA

Y LA EUCARISTIA



La Iglesia profesa su fe en este Sacramento, en la presencia real del Señor Jesús en la celebración y en el pan y vino consagrados. El magisterio expresa la verdad de nuestra fe, en el Catecismo de la Iglesia Católica.

1323 "Nuestro Salvador, en la última Cena, la noche en que fue entregado, instituyó el sacrificio eucarístico de su cuerpo y su sangre para perpetuar por los siglos, hasta su vuelta, el sacrificio de la cruz y confiar así a su Esposa amada, la Iglesia, el memorial de su muerte y resurrección, sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de amor, banquete pascual en el que se recibe a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da una prenda de la gloria futura" (SC 47).

LA EUCARISTÍA, FUENTE Y CUMBRE DE LA VIDA ECLESIAL

1324 La Eucaristía es "fuente y cima de toda la vida cristiana" (LG 11). "Los demás sacramentos, como también todos los ministerios eclesiales y las obras de apostolado, están unidos a la Eucaristía y a ella se ordenan. La sagrada Eucaristía, en efecto, contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo mismo, nuestra Pascua" (PO 5).

1325 "La Eucaristía significa y realiza la comunión de vida con Dios y la unidad del Pueblo de Dios por las que la Iglesia es ella misma. En ella se encuentra a la vez la cumbre de la acción por la que, en Cristo, Dios santifica al mundo, y del culto que en el Espíritu Santo los hombres dan a Cristo y por él al Padre" (CdR, inst. "Eucharisticum mysterium" 6).

1326 Finalmente, en la celebración eucarística nos unimos ya a la liturgia del cielo y anticipamos la vida eterna cuando Dios será todo en todos (Cf. 1 Co 15,28).

El memorial sacrificial de Cristo y de su Cuerpo, que es la Iglesia

1362 La Eucaristía es el memorial de la Pascua de Cristo, la actualización y la ofrenda sacramental de su único sacrificio, en la liturgia de la Iglesia que es su Cuerpo. En todas las plegarias eucarísticas encontramos, tras las palabras de la institución, una oración llamada anámnesis o memorial.

1363 En el sentido empleado por la Sagrada Escritura, el memorial no es solamente el recuerdo de los acontecimientos del pasado, sino la proclamación de las maravillas que Dios ha realizado en favor de los hombres (Cf. Ex 13,3). En la celebración litúrgica, estos acontecimientos se hacen, en cierta forma, presentes y actuales. De esta manera Israel recuerda su liberación de Egipto:

cada vez que es celebrada la pascua, los acontecimientos del Éxodo se hacen presentes a la memoria de los creyentes a fin de que conformen su vida a estos acontecimientos.

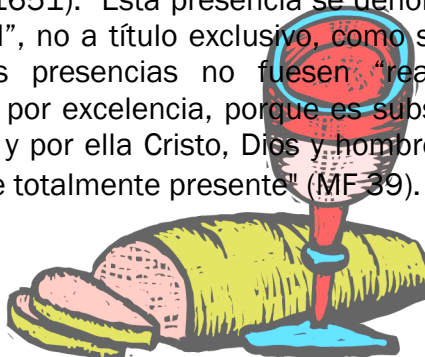
1364 El memorial recibe un sentido nuevo en el Nuevo Testamento. Cuando la Iglesia celebra la Eucaristía, hace memoria de la Pascua de Cristo y esta se hace presente: el sacrificio que Cristo ofreció de una vez para siempre en la cruz, permanece siempre actual (Cf. Hb 7,25-27): "Cuántas veces se renueva en el altar el sacrificio de la cruz, en el que Cristo, nuestra Pascua, fue inmolado, se realiza la obra de nuestra redención" (LG 3).

1368 La Eucaristía es igualmente el sacrificio de la Iglesia. La Iglesia, que es el Cuerpo de Cristo, participa en la ofrenda de su Cabeza. Con él, ella se ofrece totalmente. Se une a su intercesión ante el Padre por todos los hombres. En la Eucaristía, el sacrificio de Cristo es también el sacrificio de los miembros de su Cuerpo. La vida de los fieles, su alabanza, su sufrimiento, su oración y su trabajo se unen a los de Cristo y a su total ofrenda, y adquieren así un valor nuevo. El sacrificio de Cristo, presente sobre el altar, da a todas las generaciones de cristianos la posibilidad de unirse a su ofrenda.

La presencia de Cristo por el poder de su Palabra y del Espíritu Santo

1373 "Cristo Jesús que murió, resucitó, que está a la derecha de Dios e intercede por nosotros" (Rm 8,34), está presente de múltiples maneras en su Iglesia (Cf. LG 48): en su Palabra, en la oración de su Iglesia, "allí donde dos o tres estén reunidos en mi nombre" (Mt 18,20), en los pobres, los enfermos, los presos (Mt 25,31-46), en los sacramentos de los que él es autor, en el sacrificio de la misa y en la persona del ministro. Pero, "sobre todo, (está presente) bajo las especies eucarísticas" (SC 7).

1374 El modo de presencia de Cristo bajo las especies eucarísticas es singular. Eleva la eucaristía por encima de todos los sacramentos y hace de ella "como la perfección de la vida espiritual y el fin al que tienden todos los sacramentos" (S. Tomás de A., s. th. 3, 73, 3). En el santísimo sacramento de la Eucaristía están "contenidos verdadera, real y substancialmente el Cuerpo y la Sangre junto con el alma y la divinidad de nuestro Señor Jesucristo, y, por consiguiente, Cristo entero" (Cc. de Trento: DS 1651). "Esta presencia se denomina "real", no a título exclusivo, como si las otras presencias no fuesen "reales", sino por excelencia, porque es substancial, y por ella Cristo, Dios y hombre, se hace totalmente presente" (MF 39).



1375 Mediante la conversión del pan y del vino en su Cuerpo y Sangre, Cristo se hace presente en este sacramento. Los Padres de la Iglesia afirmaron con fuerza la fe de la Iglesia en la eficacia de la Palabra de Cristo y de la acción del Espíritu Santo para obrar esta conversión. Así, S. Juan Crisóstomo declara que: por la consagración del pan y del vino se opera el cambio de toda la substancia del pan en la substancia del Cuerpo de Cristo nuestro Señor y de toda la substancia del vino en la substancia de su sangre; la Iglesia católica ha llamado justa y apropiadamente a este cambio transustanciación" (DS 1642).

No es el hombre quien hace que las cosas ofrecidas se conviertan en Cuerpo y Sangre de Cristo, sino Cristo mismo que fue crucificado por nosotros. El sacerdote, figura de Cristo, pronuncia estas palabras, pero su eficacia y su gracia provienen de Dios. Esto es mi Cuerpo, dice. Esta palabra transforma las cosas ofrecidas (Prod. Jud. 1,6).

Y S. Ambrosio dice respecto a esta conversión:

Estemos bien persuadidos de que esto no es lo que la naturaleza ha producido, sino lo que la bendición ha consagrado, y de que la fuerza de la bendición supera a la de la naturaleza, porque por la bendición la naturaleza misma resulta cambiada... La palabra de Cristo, que pudo hacer de la nada lo que no existía, ¿no podría cambiar las cosas existentes en lo que no eran todavía? Porque no es menos dar a las cosas su naturaleza primera que cambiársela (myst. ,50.52)

1376 El Concilio de Trento resume la fe católica cuando afirma: "Porque Cristo, nuestro Redentor, dijo que lo que ofrecía bajo la especie de pan era verdaderamente su Cuerpo, se ha mantenido siempre en la Iglesia esta convicción, que declara de nuevo el Santo Concilio:



LITURGIA



La liturgia es el centro de la vida cristiana. Y la Eucaristía es su fuente y su calmen. Dijeron los antiguos: “lex orandi, lex credendi”, lo que oramos es lo que creemos. Así sigue siendo en la Iglesia. Los Prefacios concentran el motivo de nuestra acción de gracias al Padre por este Sacramento.

PREFACIO DE LA SANTÍSIMA EUCARISTÍA I EI SACRIFICIO Y EL SACRAMENTO DE CRISTO

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y fuente de salvación darte gracias y alabarte siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno, por Cristo, Señor nuestro.

El cual, verdadero y eterno Sacerdote, al instituir el sacramento del sacrificio perdurable, se ofreció a ti como víctima salvadora, y nos mandó que ofreciéramos como memorial suyo.

Cuando comemos su carne, inmolada por nosotros, quedamos fortalecidos; y cuando bebemos su sangre, derramada por nosotros, quedamos limpios de nuestros pecados.

Por eso, con los ángeles y arcángeles y con todos los coros celestiales, cantamos sin cesar el himno de tu gloria



PREFACIO DE LA SANTÍSIMA EUCARISTÍA II LOS FRUTOS DE LA SANTÍSIMA EUCARISTÍA

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre Santo, Dios todopoderoso y eterno, por Cristo nuestro Señor.

El cual, en la última cena con los Apóstoles, se ofreció a ti como cordero sin mancha, para perpetuar su pasión salvadora, y tú lo aceptaste como sacrificio de alabanza perfecta.

Con este sacramento, alimentas y santificas a tus fieles para que a los hombres, que habitan un mismo mundo, una misma fe los ilumine y los una un mismo amor.

Así pues, nos acercamos a tu mesa para que, penetrados por la gracia de este admirable misterio, nos transformes en imagen de tu Hijo.

Por eso, Señor, todas tus creaturas en el cielo y en la tierra te adoran cantando un cántico nuevo; y también nosotros, con los ángeles, te aclamamos por siempre, diciendo:

Santo, Santo, Santo ...

PREFACIO DE LA SANTÍSIMA EUCARISTÍA III LA EUCARISTÍA, VIÁTICO PARA LA PAS- CUA ETERNA

En verdad es justo darte gracias, es bueno bendecir tu nombre, Padre santo, Dios de misericordia y de paz.

Porque has querido que tu hijo obediente hasta la muerte de cruz, nos precediera en el camino del retomo a ti, término de toda esperanza humana.

En la Eucaristía, testamento de su amor, El se hace comida y bebida espiritual, para alimentarnos en nuestro viaje hacia la Pascua eterna.

Con esta prenda de la resurrección futura, en la esperanza participamos ya de la mesa gloriosa de tu Reino y, unidos a los ángeles y a los santos, proclamamos el himno de tu gloria:



Himno Eucarístico

Que la lengua humana cante este misterio:

la preciosa sangre y el precioso cuerpo. Quien nació de Virgen Rey del universo, por salvar al mundo dio su sangre en precio.

Se entregó a nosotros, se nos dio naciendo de una casta Virgen; y, acabado el tiempo, tras haber sembrado la palabra al pue-

blo, coronó su obra con prodigio excelso.

Fue en la última cena—ágape fraterno, tras comer la Pascua según mandamiento, con sus propias manos repartió su cuerpo, lo entrego a los Doce para su alimento.

La Palabra es carne y hace carne y cuerpo con palabra suya lo que fue pan nuestro. Hace sangre el vino, y, aunque no entendemos, basta fe, si existe corazón sincero.

Adorad postrados este Sacramento. Cesa el viejo rito; se establece el nuevo. Dudan los sentidos y el entendimiento: que la fe lo supla con asentimiento.

Himnos de alabanza, bendición y obsequio; por igual la gloria y el poder y el reino al eterno Padre con el Hijo eterno y el divino Espíritu que procede de ellos. Amén.



POESIA

◆ ◆ ◆ ◆ ◆ ◆

La fe, la devoción y sobre todo la experiencia de participar en la liturgia, lleva a intensas emociones y al arte cristiano. Presentamos una pequeña selección de poesía eucarística en español.

NOCTURNO DEL SACRAMENTO (Benjamín Sánchez Espinoza, "Fra Asinello" (Jalisco, Mexico 1923-))

II

¡Hijo del Padre, te conozco
aunque te presta su disfraz el plenilunio!
Mis ojos dicen que eres pan
y mis oídos argumentan que estás mudo,
sobre la lengua sólo dejas
como un aroma de trigales ya maduros.
En una Nube te escondías
en el desierto, sobre el pueblo vagabundo,
en esta Nube te me escondes,
cuando yo vago por la tierra sin refugio;
con la blancura de la harina
has fabricado entre los dos un frágil muro
que te defiende a mis miradas,
mas no resiste los asaltos de mi júbilo;
a mis sentidos los engaña
pero el sentir del corazón es más seguro.

¡Hijo del Padre, te conozco
aunque tu gloria y tu poder estén ocultos!

IV

Así te quiero, a la medida
del pan que come nuestra boca: peque-

ñoito;
así te quiero: a mis alcances,
igual al sol, igual al aire en lo gratuito;
así te quiero: silencioso,
en el tumulto de las risas y los gritos;
así te quiero, en la corriente de las edades y las horas: paralítico;
así te quiero, tan palpable
como las rocas y los frutos y los lirios;
así te quiero: omnipresente
Dios Marinero y Ciudadano y Campesino;
así te quiero: tan cercano
y familiar como la casa en que vivimos;
así te quiero: misterioso,
como el amor, como los sueños, escondido;
así te quiero en vida y muerte:
inseparable compañero de camino.

VII

¡Oh Dios del Pan y Dios del Mosto,
soñado en vano por los hombres de otros siglos!
Desde el Oriente hasta el Ocaso
llenas el orbe con tu Nuevo Sacrificio.
Hostias florecen en el alba;
¡es la invasión incontenible de tus lirios!
Cálices suben a la altura;
¡son tus luceros de fulgor enardecido!
Sobre los polos en penumbra
contigo adoro al que es Principio sin principio;
desde las selvas, entre lianas,
surge tu canto de verdores eucarísticos;
en la dorada altiplanicie
eres un fuego que calcina mis delitos;
entre la nieve de las cumbres
por mí intercede tu silencio cristalino.
Toda la tierra se penetra
con el aroma de tu Espíritu Divino.

VIII
¡Oh Dios de Carne y Dios de Sangre!,
Dios en que el Cielo con la Tierra se armonizan,
en recobrado paraíso
hoy nos entregas tus trigales y tus viñas;
cuando pervades nuestras venas
tu suavidad es infalible medicina:
pan de milagro en el asedio;
licor que sana las atávicas heridas.
¿Dónde está el triunfo de la sombra
cuando tu Sol a mis entrañas ilumina,
o la victoria de la muerte
si en mí te siembras, oh deífica Semilla?
Bajo tu lluvia de jazmines
se apaga el fuego de mi sangre en rebel-
día
y con tu vino inmaculado
torna el vigor sobre los huesos que agonizan,
y mi vivir desaparece
porque ya vivo solamente con tu Vida.

IX
Porque Tú estás sacrificado
sigue vistiéndose de azul el firmamento;
porque Tú estás en los altares,
siguen las rosas de la vida floreciendo
y hacia el País de la Esperanza
abren su pórtico de mármoles los templos;
porque Tú estás entre nosotros
toca su flauta en las cañadas el jilguero
y el sol prosigue su camino
de puerta en puerta con su dádiva de fuego;
porque Tú vives con nosotros,
se oye la risa de las lluvias en el huerto
y los frutales en sus ramas
cuajan la luz y la dulzura de los cielos;
porque Tú vives en nosotros,

tañe el amor su tamboril por los senderos
y van cogidos de la mano
los hombres todos al banquete sempiterno.



EUCARISTÍA (Miguel de Unamuno)

Amor de Ti nos quema, blanco cuerpo;
amor que es hambre, amor de las entrañas;
hambre de la Palabra creadora
que se hizo carne; fiero amor de vida
que no se sacia con abrazos, besos,
ni con enlace conyugal alguno.
Sólo comerte nos apaga el ansia,
pan de inmortalidad, carne divina.
Nuestro amor entrañado, amor hecho
hambre,
¡oh Cordero de Dios!, manjar te quiere;
quiere saber sabor de tus redaños,
comer tu corazón, y que su pulpa
como maná celeste se derrita
sobre el ardor de nuestra seca lengua:
que no es gozar en Ti; es hacerte nuestro,
carne de nuestra carne, y tus dolores
pasar para vivir muerte de vida.
Y tus brazos abriendo como en muestra
de entregarte amoroso, nos repites:
«Venid, comed, tomad: éste es mi cuerpo!»
¡Carne de Dios Verbo encarnado encarna
nuestra divina hambre carnal de Ti!



LA PRIMERA COMUNIÓN

(José Asunción Silva)

Todo en esos momentos respiraba
una pureza mística;
las luces matinales que alumbraban
la ignorada capilla,
los cantos religiosos que pausados
hasta el cielo subían,
el aroma suave del incienso
al perderse en espiras
las voces interiores de otro mundo
sonoras y tranquilas,
los dulces niños colocados junto al altar
de rodillas
y hasta los viejos santos en los lienzos
de oscura vaga tinta
bajo el polvo de siglos que los cubre
mudos sonreían

SACRIFICIO

(Enrique Tornuella (Mexico, 1901-))

A Luis G. Cabrera, s. j. en el día de su
ordenación

La cabeza de espinas coronada
con las llagas abiertas todavía,

ha bajado Jesús en este día a
altar en la Hostia consagrada.

Él dirige de nuevo la mirada
hasta el trono del Padre y le confía
las almas, con amor, por las que expía,
al decir Tú, la fórmula sagrada.

Se renueva otra vez el Sacrificio
el mismo que en la cruz Él ofreciera
empieza para ti celeste oficio,

que señala en tu vida una nueva era
En medio del pecado y del bullicio,
eleva Tú, la hostia verdadera.

PRIMERA COMUNIÓN

(Vicente María Camacho y Moya (Jalisco
/ México, 1909-1943))

Hoy vino a mi corazón
por vez primera el Dios Niño.
desde ahora, mi cariño,
mi ser, mi vida, de él son
en la Santa Comunión,

me dió un abrazo tan fuerte,
a él me unió de tal suerte,
¡que el es mío desde este día.
y yo seré su María
en la vida y en la Muerte!

¿Qué quieres de mí, Jesús?
habla y mándame; deveras
yo quiero lo que tú quieras.
¿quieres clavarme en tu Cruz?
dame fuerza y dame luz,

y crucifícame, Amigo ...
Sólo una cosa te digo:
que nunca vaya a ofenderte,
y que llegue hasta mi muerte,
contigo, siempre contigo

¿QUÉ CANTO, QUÉ TROMPETA ARMONIOSA TE ANUNCIA?

(Adolfo Anguiano Valadez (Jalisco / México, 1917))

Pan tan blando, Pan tan dulce
Pan de la alegría!
Vino de Salvación y el Sacrificio,
Señor bendito, tu Pan y Vino sean siempre,
Señor del alba, pura castidad, de amor locura.

Sé con nosotros, y sé eternamente
Pan y Luz que nos alumbres
y Sol y Alba y Potencia que sopla
y anima la materia muerta;
ven Campana gloriosa y canta,
ven y sueña en tu Reino en los ojos ...
ven vida, a matar la muerte,
abre la puerta de tu herido pecho
y Luz y Sol y Alba, ¡quítanos la venda!



Gracias Señor
Por hacernos miembros de tu Iglesia
en la Arquidiócesis de San Salvador.
Gracias Señor
por los 100 años de la Arquidiócesis,
nuestra Iglesia.

Gracias te damos por la historia de salvación y la
vida de gracia que has realizado entre nosotros en
estos 100 años:

el testimonio de fe y la evangelización, el martirio
y la caridad, la opción por los pobres y la vida en
comunidad,
los grandes pastores y los fieles Santos que nos has
regalado en esta Iglesia particular.

Gracias por tu reino que está ya entre nosotros.

Por la Palabra y el Espíritu que nos llenan de tu vida,
condúcenos a mayor fidelidad y mejores frutos;
concédenos ser mejor y más Iglesia tuya.

NUESTRA FE Y NUESTRO AMOR A LA EUCARISTÍA